

REENCONTRAR a Maquiavelo

Julio López Blanco

Pocas veces en el curso de la historia, la vida de un hombre, así como las ideas que animaron esa vida, han sido tan menoscabadas como en el caso de Nicolás Maquiavelo. Porque casi siempre que un intelectual o un hombre de acción sube a la galería de los grandes, sus apellidos reflejan —de manera consecuente— su categoría de ser superior y sus cualidades intelectuales o de valentía personal

Con el autor de *El Príncipe* sucede lo contrario.

Su nombre originó la palabra *maquiavélico* o *maquiavelismo* que usan los profanos con pasmosa tranquilidad, como si fueran expertos en el tema.

Palabra que utilizan incluso los que, conociendo en profundidad la obra de Maquiavelo, eluden juicios concretos y diri-

gen sus comentarios por el camino de los convencionalismos, de las opiniones personales y hasta de las creencias sin base científica.

El hombre

«**E**ra de mediana estatura, enjuto, de ojos muy vivos, cabellos oscuros, nariz agresiva y labios finos y apretados», dice Villari, al trazar el cuadro biofísico del discutido teorizador de la *ciencia política* moderna. «Todo en él daba la impresión de un pensador agudo, mas no la de un hombre autoritario que se impone a los demás».

Agrega Villari que «Maquiavelo no podía liberarse fácilmente de los sarcasmos que continuamente salían de su boca, ni de su aire calculador e impasible. Sin embargo, la fantasía lo domina y ejerce sobre él gran poder, transportándolo a veces a un punto que lo hace parecer un visionario».

Es esa fantasía la que muchas veces —lo afirman sus contemporáneos— dirige su acción. Algunos biógrafos han intentado demostrar que su causa política fue estéril y que fracasó en todos sus intentos dirigidos a convencer o instruir a los personajes de su tiempo.

No es así: su éxito como diplomático en una de las más agitadas etapas de la cultura, como lo fue el Renacimiento italiano, hacen del florentino un negociador eficaz de los asuntos públicos de su tiempo. Un hombre, como sostenía un pensador hispano, «al que hay que rescatar a toda costa de la maraña de las teorías, porque *maquiavelismo* nada tiene que ver con Maquiavelo».

El contexto

Como muchos reformadores, Maquiavelo vivió su época (1469-1527) sumido en profundas reflexiones. Con un poco de

imaginación, no nos será difícil verlo en Florencia, audaz y prudente entre sus conciudadanos, estudioso de los textos antiguos, disciplinas de las que nacerían sus Discursos de la *Primera Década de Tito Livio*.

De todas formas, nadie puede juzgar a Maquiavelo solamente por *El Príncipe*. El emporio racional y emotivo de un pensador se apoya en la totalidad de su legado espiritual. Si en *El Príncipe* traza con mano experta una ruta para que los gobernantes fracasen menos —a la vez que instauro como categoría una ciencia del Estado, libre e independiente de toda consideración teológico-moral— en sus demás obras se nos presenta como un historiador sagaz y extraordinario conocedor de los asuntos de su medio.

Traductor de Terencio, adaptador de Plauto, comentador de Tito Livio, historiador de Florencia, ensayista, poeta, autor de comedias y discursos, Maquiavelo aparece como un auténtico hombre del Renacimiento, culto y pragmático a la vez, escrutando al mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro.

El diplomático

La primera lección de política recibida por Maquiavelo fue cuando lo instruyeron para su también primera misión: halagar la vanidad de Jacobo d'Appiano, famoso «condottiero» de la época. Y para llevar a la causa de la República al jefe mercenario italiano.

Esa fue una misión menor. Después vendrían las entrevistas con personajes como Luis XII de Francia, Catalina Sforza, Alejandro VI, Julio II, César Borgia y muchos más. Todas por importantes asuntos de Estado.

En la dedicatoria de *El Príncipe* a Lorenzo de Médicis, Maquiavelo confiesa que «no posee nada más querido y a lo que haga más caso que su conocimiento de la conducta de los más grandes estadistas

que han existido». Es importante aclarar el punto: «príncipe» en lenguaje maquiavélico, es cualquier estadista o gobernante. No se puede tomar, por lo tanto, como una enseñanza exclusiva para la monarquía aristocrática ya que, si bien los personajes son extraídos de la nobleza, sus tesis son inútiles a cualquier forma de gobierno.

El futurista

Al trazar las líneas de una ciencia de Estado, autónoma e independiente, Maquiavelo se anticipa de manera genial al moderno concepto de administración pública. Más aún, Maquiavelo se anticipa también a su época al plantear la imperiosa necesidad de la presencia del gobernante, sobre todo en las provincias. «Si permaneces allí, la

provincia no es despojada por la codicia de los empleados».

Sabe Maquiavelo que algunos funcionarios son desagradecidos y así lo dice en *El Príncipe*. Su concepto de la virtud como valor intangible, consistirá entonces en una fuerza de autoridad y justicia capaz de contrarrestar los males generados por la conducta irresponsable de quienes se alían contra el Estado.

Finalmente, Maquiavelo cierra su tratado con una exhortación a la virtud, jamás ausente en sus escritos como suponen erróneamente quienes atacan al autor de *El Príncipe* o se refieren a él conociéndole superficialmente. Releer sus escritos y repasar sus poemas y obras de teatro nos dan una nueva dimensión del florentino que se anticipó casi 500 años a muchos conceptos modernos de la política.